
PROPUESTAS DE REINTEGRACIÓN DE LAS PINTURAS MURALES DEL CONJUNTO DE SAN JUAN DEL HOSPITAL DE VALENCIA

PRESENTACIÓN: DON MANUEL DE SANCRITÓVAL Y MURUA - RECTOR DE LA IGLESIA DE SAN JUAN DEL HOSPITAL

No hace muchos días, visitó la Iglesia de San Juan del Hospital un profesor de la Universidad de Navarra especializado en el estudio de la Sagrada Escritura. Observó detenidamente, desde este mismo lugar, las pinturas murales. Después, con algo de duda, se animó a subir al andamio para verlas de cerca y recabar información del equipo de restauración que pacientemente trabajaba en ellas. Bajó impresionado. Me atrevería a decir: pensativo.

Ante mi requerimiento de su opinión, que esperaba con verdadero interés y curiosidad, y aún ensimismado, comentó: es un auténtico "Empedrado". Por un momento, fui yo, él que creí haberme quedado "de piedra". ¡Empedrado! ¿Eso era todo?

Luego explicó, el Empedrado, en la Sagrada Escritura, viene a ser como hacer un mosaico con distintas piezas. Sólo que las teselas que se emplean, los guijarros, son las revelaciones proféticas; anunciadas unas veces, repetidas y vividas otras y consumadas siempre. Yo pensé, es algo así, como "ecléctico" en el arte.

Hoy me encuentro aquí, ante la capilla donde se hallan las pinturas en vía de recuperación, intentando ofrecer una visión amena y atractiva de la significación de este trabajo que está llevando a cabo el Departamento de Restauración de la Facultad de Bellas Artes de Valencia y, cuando miro a mi alrededor... las ojivas góticas, las cornisas, capiteles y lápidas de las capillas, los patios del templo que nos alberga; pensando en la carga de historia que encierra y los personajes que en ella intervinieron; o en los tan distintos proyectos que estamos desarrollando en el recinto de este Conjunto Hospitalario de San Juan y en las personas que en todo ello participan, de tan variadas profesiones y por tan diversos motivos, me doy cuenta, de que esto, es también un auténtico empedrado.

Así que, voy a ir mostrando, lanzando, de modo breve y rápido, alguna de estas piedrecillas y ustedes intenten colocarlas en su lugar, dentro de su visión personal, para que todas ellas en conjunto les ayuden a evaluar, y opinar posteriormente, sobre como les gustaría que se realizara, la terminación de la limpieza, o la reintegración, de los frescos que decoran la capilla más antigua de la fundación Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, que el Rey Don Jaime les concediera en 1238 a los caballeros-cruzados de la Orden Sanjuanista, actualmente Soberana Orden de Malta, antes de que hubieran abandonado su sede de la Ciudad Santa y emprendido su éxodo de siglos a Chipre, Rodas y, finalmente, a la isla de Malta, por decreto del emperador Carlos V de España.

Cuenta la Crónica de nuestro rey Conquistador, que en los últimos años de su reinado llegó a estas tierras, procedente de Bizancio, la emperatriz Constanza Hohenstaufen, hija de Federico II emperador del Sacro Imperio Germánico y viuda del Basileo Juan III Ducas Vatacio.

Habiendo sido milagrosamente curada de la lepra por una reliquia de Santa Bárbara hallada en el cementerio de San Juan del Hospital, ordenó que se erigiera una capilla en honor de la santa y contribuyó a extender su devoción por todo el reino..

A partir de entonces crecieron los beneficios en la orden y con ellos las mejoras en la fábrica y ornamentación de la iglesia. En su testamento, muchos años después, pediría ser enterrada en el templo. Dejaba como herederos y albaceas de sus derechos y bienes a sus sobrinos, los Reyes de Valencia y Aragón: Jaime II y su esposa Dña. Blanca de Anjou.

Una de las familias más allegadas, tanto a la orden de San Juan como al Rey Don Jaime y a su hijo Don Pedro, era el Conde de Pallars, Arnau Roger, casado con la princesa griega Irene Láscaris que había llegado al Reino por los mismos motivos y a la vez que Dña. Constanza.

El condado de Pallars se extendía entre Cataluña y Aragón; zona límite, independiente y poderosa, entre Lérida y Huesca. La fama de las pinturas románicas en los ábsides de sus iglesias: Tahull, Boí, Pedret... ha dado la vuelta al mundo. Los trabajos de sus maestros y la influencia de sus talleres ha sido detectada por Gudiol en Castilla, Inglaterra, Francia y por supuesto al sur-este del condado, en las provincias del entonces Reino de Aragón: Sos, Sigena, Foces, Liesa, Alcañiz... entre otras.

Pues bien, Sigena fue el primer convento de monjas sanjuanistas fundado por la Orden de San Juan de Jerusalén en el siglo XII; poseía un importante taller de pintura, muy conocido por la extraordinaria decoración de la Sala Capitular, en estos momentos causa de una gran controversia. La emperatriz Constanza era donada de este convento.

Foces era, así mismo, posesión de los hospitalarios, y se sabe documentalmente que el autor de la decoración de la iglesia de Foces, se trasladó y trabajó en la Catedral de Valencia. Gudiol supone que había recibido su formación en Sigena.

Las pinturas murales de la Cámara oculta de nuestra Seo, recinto anexo a la puerta más antigua, la de la Almoina, fechada en 1263, son extremadamente similares en sus trazos a las de San Juan.

Bien... esto es una piedrecilla, una tesela del mosaico... o varias si prefieren. Hay que situarlas y documentarlas, en ello estamos intentando trabajar.

¿Qué pasó después en San Juan del Hospital?

Durante todo el siglo XIV se sucedieron las epidemias de peste. Quizá una de las más terribles fuera la del año 1348, la llamada Peste Negra que asoló Europa. La orden terminante de enjalbegar con cal muros, tapias y techos, hubiere lo que hubiere, como medida de desinfección, debió ser cumplida al extremo en esta edificación dedicada al albergue de peregrinos, muchas veces transmisores de las epidemias, y a la atención de los enfermos, a los cuales, si fallecían, se les daba cristiana sepultura en los cementerios que rodeaban el templo, tal y como figura desde sus estatutos primigenios.

En el resto del siglo XIV y en los siguientes, volvió a repetirse la dramática situación. Se puede percibir claramente las distintas y sucesivas capas de mortero de cal sobre los sillares de la capilla y bajo los pigmentos pictóricos.

En el S.XVII, alrededor de 1684, comenzó en San Juan del Hospital la transformación barroca. La escayola decorativa revistiendo las paredes y los arcos de medio punto rebajando las bóvedas, cubrieron por completo la fábrica gótica de la iglesia. En algunos puntos, destruyendo y perdiendo para siempre su primitivo carácter. Todo quedó oculto durante trescientos años, todo... las hermosas pinturas murales, los capiteles árabes, románicos, visigóticos, bizantinos... todo, menos la historia.

Gracias a ella, esta es una de las piedrecillas más fáciles de encajar.

Un historiador, un geógrafo: Martínez Aloy, en 1881, dejó constancia, en su Geografía del Reino de Valencia, de los posibles vestigios de pinturas antiquísimas bajo los recubrimientos de yeso en San Juan del Hospital. Fue el primero.

Casi cien años después, Miguel Angel Catalá Gorgues, autor del capítulo sobre San Juan del Hospital en el Catálogo Monumental de la Ciudad de Valencia dirigido por Felipe M^a Garín Ortiz de Taranco, donde hace una breve referencia a los vestigios pictóricos en el templo, escribió un extenso artículo en el Diario Levante del 6 de Octubre de 1973, sobre los restos de pinturas murales en la primera capilla norte de la iglesia, que estaba siendo restaurada con acierto por los sacerdotes de la Prelatura del Opus Dei, a quienes el arzobispo había encomendado abrirla al culto de nuevo.

La historia no había olvidado, con apenas breves frases de vez en cuando, había mantenido vivo este conocimiento, ahora las palabras escritas de Miguel Angel Catalá eran el detonante.

Se sucedieron noticias de estudiosos de arte: Benito Goerlich, en un magnífico artículo sobre la Iglesia restaurada. Sanchis Guarner en su extensa obra sobre La Ciudad de Valencia. José Pellejero en su breve monografía de la restauración de San Juan, recopilación de los artículos publicados en las Provincias y que le valieron un premio.

Los sacerdotes de la Prelatura del Opus Dei, encargados de la iglesia, gestionaban y esperaban la oportunidad de poder estudiarlas seriamente y recuperarlas en lo posible. En un momento dado hubo opiniones que recomendaban fueran arrancadas de su lugar y trasladadas a un Museo. Delicadísima operación de moda hace unos años y tremendamente cuestionada actualmente. Pero parecía pequeña la extensión de lo que podía ser recuperado: alrededor de un metro cuadrado, en el límite entre la bóveda y el paño de pared del muro oeste de la capilla, y no valía la pena.

En 1993, el rector encarga a un arquitecto, Octavio García, que estudie este asunto y se encarga a un equipo de restauración que efectúe unas fotografías. La opinión profesional es, que hay una capa de mortero de cal sobre la pintura, no al revés como se pensaba.

Tras una serie de gestiones se hace posible el concertar una entrevista con la concejala de Cultura, M^ª Dolores García Broch y se realiza el milagro.

El Ayuntamiento de Valencia mantiene un Convenio con el Departamento de Restauración y Conservación de Bienes Culturales de la Universidad Politécnica de Valencia. Pilar Roig, directora del departamento, se acoge a éste convenio de restauración de fondos pictóricos para tramitar la recuperación de los murales. A principio del año 1996 comienzan los trabajos.

Sobre los esbozados restos se realizan estudios; la Comisión histórico-artística de la iglesia de San Juan, bajo la dirección del rector, va encontrando las similitudes y concordancias iconográficas del tema representado con los Textos Sagrados y las tendencias teológicas medievales del S. XIII.

Las primeras catas descubren, sobre las figurillas primeras, un etéreo serafín portador del escudo sanjuanista.

Tan sólo unos meses después, aparece bajo la capa de cal una increíble figura de extraordinaria calidad y movilidad: un Cristo Glorioso, con el lávaro Constantino de la Victoria en sus manos, sentado sobre el Arco-iris de la Alianza como Señor del Universo. Tal y como prometiera a Noé. Pastor Bueno que bendice desde su trono al Pueblo fiel, a los justos de blancas vestiduras, llegados de las cuatro partes del mundo, que en la bóveda de enfrente se aproximan reverentemente hacia el sitio de Su Esposa: la Jerusalén Celestial, La Iglesia.

Elemento difícil en el empedrado. Porque esta figura alada, herida en su costado a imagen de su Esposo, atravesada por los dardos del Amor que un ingrátido ángel lanza el unísono con el Espíritu, despojada de la Corona de Vanidades, desfallece, mientras como madre deposita el "guijarro blanco", maná escondido, en las manos alzadas hacia ella.

Y bajo esta escena, el cielo despliega toda su enigmática belleza en las Constelaciones llenas de sentido profético: la milenaria Corona Boreal o Corona de la Virgen, desde la Edad Media, que mantiene bajo su perfecto círculo de estrellas a la constelación de La Serpiente en un simbolismo de por sí elocuente.

Y, lo peor, es, que se halla así en realidad en el cielo de la noche.

Esta es una de las piezas hermosas por encajar. María, la Esposa de Dios, siempre presente, siempre escondida. Arca del Dios hecho Hombre, Fuente de Vida que alimenta el Paraíso, donde árboles de frondas y fruto perenne, y animales tan diferentes como la serpiente y la paloma, forman un todo con la Redención, que en el paño opuesto se hace patente, como siempre, en la figura llena de dulzura de un Crucificado.